

## ***VIDA RELIGIOSA Y POSMODERNIDAD: REDESCUBRIR LA DIMENSIÓN TEOLOGAL***

*Antonio Jiménez Ortiz*

*Sumario:* ¿Es posible la vida religiosa en tiempos de posmodernidad? ¿Es posible para nosotros, religiosos adultos? Son las palabras con las que encabeza este trabajo Antonio Jiménez. Parece urgente descubrir, desde nuestro propio contexto sociocultural, la conexión inmediata entre experiencia de Dios y votos, si queremos que nuestro proyecto personal se asiente sobre un fundamento sólido en tiempos de fugacidad y ligereza. Parece urgente, dice el profesor Jiménez si queremos que nuestras vidas sean para los adolescentes y jóvenes, situados en la provisionalidad y la fragilidad, signos de que la fidelidad es posible.

*Summary:* Is religious life possible in this postmodern era? Is it possible for us, adults? With these two questions initiates Antonio Jiménez this work. It seems urgent to discover, from our own sociocultural context, the immediate connection between the experience of God and the vows, if we want that our personal project be based upon a solid foundation in these fleeting and frivolous times. It seems urgent, affirms professor Jiménez if we want our lives to be for the adolescents and youth, -so much situated in the provisional nature and fragility-, proofs that fidelity is possible.

*Palabras clave:* vida religiosa, votos, experiencia teologal.

*Key words:* religious life, vows, religious vows, theological experience.

¿Es posible la vida religiosa en tiempos de posmodernidad? Basta considerar la atmósfera de superficialidad, hedonismo, ligereza... que respira la mayoría de los jóvenes para intuir que la experiencia de la vida religiosa y de sus valores más decisivos no es algo ni deseable ni plausible para ellos. ¿Y para nosotros religiosos adultos? Con dudas e inseguridades, con mucha buena voluntad y no poco cansancio mantenemos nuestros compromisos y creemos todavía en la validez de la misión. ¿Y Dios? ¿Es la clave de nuestra vida y el centro nuclear de nuestra persona? ¿Es Dios la experiencia fundante de nuestra existencia? ¿Está enraizada la experiencia de Dios en las entrañas de nuestro ser?

No podemos engañarnos: hoy sin pasión por Dios no es posible seguir la llamada vocacional. Sin pasión por Dios no es posible la fidelidad. Sólo desde una vital experiencia de Dios nos podemos enfrentar desde la lucidez y el discernimiento, sin huidas ni actitudes fundamentalistas a la lógica cultural de la posmodernidad. En ella hay al mismo tiempo valores humanizantes y propuestas de existencia que no podemos aceptar. Pero si no articulamos nuestra interioridad desde una intensa experiencia de fe, en la atmósfera posmoderna de la sociedad actual no sería viable un compromiso para siempre que implica renunciaciones tan profundas.

No podemos vivir por inercia, no podemos simplemente apoyarnos en la rutina. El seguimiento de Jesús nos exige el descubrimiento de Dios Padre como valor supremo de la existencia en unos tiempos en los que parece que Dios se desvanece.

### **1. Todo lo sólido se desvanece en el aire: ¿también Dios?**

Según la posmodernidad, se han ido disipando los fundamentos que han sostenido la realidad en Occidente a lo largo del tiempo: Dios, el hombre, la verdad, la idea... Ya lo resaltaba en 1982 Marshall Berman, al titular su libro<sup>1</sup> sobre la crisis de la modernidad, con la vieja expresión de Marx y Engels en el Manifiesto Comunista: “Todo lo sólido se desvanece en el aire”. La posmodernidad dice adiós al ideal moderno de la fundamentación para abrirse a la indeterminación y a la discontinuidad, en un pluralismo inabarcable que nos confunde y nos abruma. Asistimos a un desfundamiento de los principios y valores supremos.

Para los pensadores posmodernos la fragmentación y el pluralismo son el destino insuperable del hombre de hoy, asediado de sospechas frente a los grandes relatos y obsesionado por las diferencias. Los “grandes relatos”, las visiones integradas de la realidad, como el idealismo, el marxismo, el cristianismo... que dan cohesión social y legitiman los sistemas de valores, ya no tienen credibilidad, sean relatos especulativos o de emancipación. Para F. Lyotard los “grandes relatos” o, dicho de otra forma, todos los intentos “universalizantes” por explicar y dominar la realidad han sido causa de terror y no hay que echarlos de menos.

Se tiene la impresión en la sociedad actual de que andamos vagando sin un horizonte fijo hacia donde dirigirse, porque se ha perdido la fe en el progreso y en el sentido liberador de la historia, porque los grandes relatos han quedado deslegitimados, porque Dios parece haberse desvanecido. No se divisa un norte estable y definitivo. La brújula es inútil, y sólo nos sirve el radar para evitar choques irremediables. Para la posmodernidad es vano todo esfuerzo que intente dar un sentido global o religioso a la vida, que busque una finalidad última a la realidad, como expresión de una voluntad divina.

#### *1.1 A vivir que son dos días*

La clave, por tanto, está en vivir en el presente, sin preocuparse del pasado y del futuro: el sentido histórico ha desaparecido. El individuo posmoderno no se aferra a nada, no tiene certezas absolutas, nada le sorprende, y sus opiniones son susceptibles de modificaciones rápidas. Todo puede escogerse a placer, lo más operativo como lo más esotérico, lo viejo como lo nuevo, la vida simple y ecologista como la vida hipersofisticada, en un tiempo sin referencias estables ni coordinadas: ya ninguna ideología política o propuesta religiosa parece capaz de entusiasmar a las masas.

---

<sup>1</sup> Cf. M. BERMAN, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Madrid 1988. El original es de 1982.

La sociedad posmoderna no tiene ni ídolo ni tabú, ni tan sólo imagen gloriosa de sí misma, ningún proyecto histórico movilizador. Parece reinar el vacío, un vacío dulcificado por el hedonismo, que no comporta, sin embargo, ni tragedia ni Apocalipsis.

Con la imagen del “desierto” G. Lipovetsky<sup>2</sup> intenta expresar esa inmensa ola de “desinversión” por la que todas las instituciones, todos los grandes valores y finalidades que organizaron las épocas pasadas se están vaciando progresivamente de sustancia: una deserción de las masas que transforma el cuerpo social en un organismo abandonado.

El saber, el poder, la religión, el trabajo, el ejército, la familia, las iglesias, los partidos... han dejado globalmente de funcionar como principios absolutos e intangibles, y en distintos grados ya nadie cree en ellos, en ellos ya nadie invierte nada. Y sin embargo el sistema funciona, pero por inercia, en el vacío, controlado por los “expertos”, que son los únicos que todavía quieren inyectar sentido allí donde sólo reina un desierto apático, porque la propia necesidad de sentido ha sido barrida y la existencia puede desplegarse sin patetismo, sin aspiración a nuevas tablas de valores.

El individualismo y la liberación del espacio privado lo absorbe todo: cuidar la salud, mantener los ingresos adecuados, desprenderse de “complejos”, esperar las vacaciones. Ya resulta posible vivir sin ideal, sin un objetivo trascendente. Es posible vivir sin Dios con placidez y sin dramatismo.

### *1.2 Y de compromisos definitivos... nada de nada*

En la condición posmoderna la oposición entre sentido y sinsentido ya no es desgarradora. Pierde radicalismo ante la frivolidad ambiental, ante la banalidad efímera de la moda, ante las ofertas del ocio, ante los juegos caprichosos y volubles de la publicidad. En la era del espectáculo, las antinomias duras entre lo verdadero y lo falso, entre lo bello y lo feo, entre lo real y lo ilusorio, entre el sentido y el sinsentido se esfuman. Los antagonismos se vuelven flotantes. Se empieza a vislumbrar que ya es posible la existencia sin proyecto ni sentido.

Hombres y mujeres posmodernos son como muebles modulares conformados a partir de elementos desmontables y cuya mayor ventaja es la rapidez que permiten para el ensamblaje o el desguace. Un ser sin demasiados atributos fijos, sostenido por diversas lógicas, inseguro ante los principios, pero siempre disponible para las alianzas cambiantes y la obligada plasticidad del corazón<sup>3</sup>. Así, el talante posmoderno tiene un atractivo aire de ligereza, de juego, de falta de compromiso, de gusto por la incoherencia, que a todos nos parece refrigerante. Hay un sentimiento de provisionalidad, indeterminación,

<sup>2</sup> G. LIPOVETSKY, *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Anagrama, Barcelona 1986, 35-36. 38. 40-41. 51

<sup>3</sup> Cf. V. VERDÚ, *El estilo del mundo. La vida en el capitalismo de ficción*, Barcelona<sup>3</sup> 2003, 192.

superficialidad agradable que facilita el rápido juego de encuentros y desencuentros, de lágrimas fáciles y consuelos vertiginosos, al parecer sin graves riesgos<sup>4</sup>.

Por su parte Zygmunt Barman<sup>5</sup> afirma que para los habitantes del moderno mundo líquido o posmoderno, que aborrece todo lo sólido y durable, todo lo que no sirve para el consumo instantáneo, el cargarse de compromisos inquebrantables supera toda capacidad y voluntad de negociación, porque se renunciaría a las nuevas y numerosas oportunidades que aparecen por todas partes.

En la sociedad actual, la relación personal es un producto más de consumo inmediato, y por tanto fácilmente descartable. Aun en el caso de que el producto cumpla con lo prometido, no puede ser de uso duradero. Después de todo, coches, ordenadores o teléfonos móviles que funcionan relativamente bien van a engrosar con pocos escrúpulos el montón de los desechos en el momento en que sus versiones nuevas y mejoradas aparecen en el mercado.

La “elección racional” de la época de la instantaneidad significa buscar gratificación evitando las consecuencias, y particularmente las responsabilidades que esas consecuencias pueden involucrar. Las huellas durables de las gratificaciones de hoy hipotecan las posibilidades de las gratificaciones de mañana. La duración deja de ser un valor y se convierte en un defecto.

La moderna razón líquida contempla los compromisos definitivos como una verdadera amenaza. Los vínculos duraderos despiertan la sospecha de una dependencia paralizante. Las ataduras y los lazos vuelven “impuras” las relaciones humanas, que como cualquier producto están destinadas a la satisfacción instantánea, mientras se mira de reojo la fecha de caducidad:

“Como los compromisos presentes son escollos para las oportunidades de mañana, cuanto menos serios sean, menor es el daño que pueden causar. La palabra clave de la estrategia de vida es «ahora», sin importar los alcances de esa estrategia ni lo que pueda implicar. En un mundo incierto e impredecible, los trotamundos hábiles harán lo imposible para imitar a los felices «globales» que viajan livianos; y no derramarán demasiadas lágrimas al deshacerse de todo aquello que obstaculiza sus movimientos”<sup>6</sup>.

---

<sup>4</sup> Cf. J. A. MARINA, *Crónicas de la ultramodernidad*, Barcelona 2000, 58.

<sup>5</sup> Cf. Z. BARMAN, *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Madrid 2005, 28-29. 48.

<sup>6</sup> Z. BARMAN, *Modernidad líquida*, Buenos Aires<sup>2</sup> 2003, 173.

## **2. Descubrir existencialmente el primado de Dios en nuestro proyecto de vida religiosa**

El entramado esencial de todo proyecto personal está sostenido por un conocimiento y aceptación de la propia persona, por una meta que estructura mi interioridad y pone en tensión mi persona y sus posibilidades, por un discernimiento cuidadoso que me guíe en el planteamiento y realización de ese proyecto. Esto implica una jerarquía de valores con un valor central que vertebra la persona interiormente, que debe estar enraizado en la profundidad de la afectividad, de forma que sea capaz de comprometer la libertad.

El proyecto pretende centrarnos, unificarnos, definir nuestra identidad y el sentido último de nuestra vida. Cuando logramos contemplar toda la existencia a la luz de una razón, de un valor, como fuente inspiradora de mis opciones y acciones, entonces se unifica la vida, sabemos lo que somos y lo que queremos, hacemos nuestra opción fundamental.

El proyecto ha de ser articulado en función de tres fidelidades básicas:

- la fidelidad a sí mismo, aceptando posibilidades y limitaciones,
- la fidelidad al valor que da coherencia, sentido y plenitud a la propia existencia: el Reino de Dios en el seguimiento de Jesús en el marco del carisma propio,
- la fidelidad a la situación histórica concreta, sobre todo a las personas con las que me toca vivir.

Así vamos vertebrando la experiencia cristiana cuando maduramos en una oración que transforma nuestro horizonte interior y nuestros criterios, y cuando hacemos de Jesús y de su Reino el proyecto de nuestra vida. Esto conlleva un proceso complejo de búsqueda, de renunciaciones, de rupturas, de discernimiento.

Pero el proyecto personal no puede ser el resultado de un afán perfeccionista y voluntarista, ni la consecuencia inconsistente de un idealismo narcisista. Debe ir surgiendo como el fruto maduro de una libertad, que se deja iluminar y guiar por el Espíritu de Dios, cuando la experiencia de Dios está anclada en nuestras entrañas y cuando nuestra oración, en su pobreza y autenticidad, es el eco del Espíritu que clama en nosotros: ¡Abba! ¡Padre!

Nuestro proyecto como religiosos está sostenido por el compromiso de los votos que define la forma de nuestro seguimiento de Jesús. Pero hoy es urgente descubrir desde nuestro propio contexto sociocultural la conexión inmediata entre experiencia de Dios y votos, si queremos que nuestro proyecto personal se asiente sobre un fundamento sólido en tiempos de fugacidad y ligereza.

### *2.1 La dimensión teológica de la pobreza evangélica*

¿Qué sentido tiene hoy nuestro voto de pobreza en una sociedad del bienestar y de la abundancia, del hedonismo, del omnipresente mercado bajo el influjo del neoliberalismo? ¿Es la ascética o la renuncia el elemento decisivo del voto de pobreza? ¿O nos quedamos tranquilos con una espiritualización de la pobreza en medio del consumismo y del afán de riquezas?

Algo está claro: la dimensión teológica. Sin la experiencia de la confianza en Dios, la pobreza carece de sentido evangélico. La pobreza voluntaria será un gesto de purificación ascética, de espíritu crítico, o de autosuficiencia que en nada se parece a la pobreza de Jesús. Ésta fue adhesión incondicional a la voluntad del Padre, y, en consecuencia, cumplimiento fiel de la misión que el Padre le encomienda.

Seguir a Jesucristo implica fiarse enteramente de Dios Padre sin otra garantía, sin otra seguridad que Él mismo. Por tanto si nos quedamos sólo en la dimensión económica, difícilmente podemos hablar del voto de pobreza. Y si nos desvinculamos de la experiencia de Jesús, nuestra pobreza se convierte en un dato sociológico contradictorio. Nos tenemos que decir bien claro que los pobres no somos nosotros. Si no nos lo decimos, nos mentimos; y entonces las palabras no dicen nada.

¿Qué significa la pobreza en el proyecto de Jesús? La pobreza real en la que vive Jesús, su actitud de desprendimiento afectivo y efectivo manifiesta su total confianza en Dios. Renuncia al poder, a la fuerza, al bienestar... Su seguridad está en la bondad infinita de Padre.

Jesús no es un asceta, o un profeta rigorista como Juan Bautista. No desprecia los bienes de la tierra, ni se comporta como un filósofo cínico. En Jesús comprobamos una pasión absoluta: el Reino de Dios, DIOS que se acerca al hombre como salvación y misericordia. Y todo lo demás es secundario. Su vida está centrada en ese valor decisivo, y su pobreza por tanto se traduce en confianza absoluta en Dios, en adhesión incondicional a su voluntad, en fidelidad hasta la muerte.

La pobreza evangélica ha de entenderse como consecuencia de una fe en Dios, vivida como pasión existencial, y desde ahí como compasión con los demás, como disponibilidad total. Frente al sistema social y religioso de su época, Jesús no tomó una postura neutra o indiferente. Acogió decididamente a los excluidos del sistema, a publicanos, prostitutas, leprosos... a los pobres. En Jesús su pobreza va unida a la misericordia.

No se reserva nada. Da su vida. Y así vive liberado de ataduras y cadenas, de preocupaciones por el tener o el poseer. Su libertad nace de su confianza en Dios y se traduce en pobreza real: libertad soberana e insobornable de Jesús, que no condena los bienes de la tierra.

Habla con cariño y delicadeza de las realidades creadas. Su comportamiento no implica desprecio, ni indiferencia estoica, o resentimiento. Su renuncia está sostenida por una actitud de equilibrio, de amor y de libertad: no se deja subyugar ni dominar por nada ni por nadie. No vive preocupado por la comida, ni por el prestigio, ni por el mañana. Jesús necesita pocas cosas para vivir y éstas las necesita poco. Su única preocupación es hacer la voluntad del Padre.

## *2.2 Celibato y primado de Dios*

Comprender el celibato simplemente de una manera funcional, como una forma de vida que facilita la disponibilidad para la misión, significaría diluir el primado de Dios en múltiples causas humanistas, o reducir el amor de Dios a un símbolo de valores. Cuando las causas (los pobres, los enfermos, los jóvenes, la educación...) pierden interés vital por cansancio, frustración, por el desgaste de la edad o de la esperanza humana, el celibato se queda sin referencia, porque no se ha comprendido que su fuente es la experiencia singular del amor de Dios. Sin pasión por Dios el celibato evangélico cuelga en el vacío.

Sin el encuentro existencial con el Misterio de Dios, revelado en Jesús el Señor, sostenido por la fuerza del Espíritu Santo, que me convoca en la historia, llamándome por mi nombre, no es posible el celibato por el Reino. Este se funda en la opción de quien ha experimentado la ternura de Dios. Implica una actitud libre, dócil de abandono en la misericordia de Dios. Supone ofrecimiento de la propia persona y de su historia, afectividad centrada en Él como valor supremo de la existencia, asentimiento a su Palabra y obediencia a su voluntad.

El proceso interior que descubre el celibato como valor religioso y existencial se desarrolla desde la libertad, bajo el influjo de la gracia del Espíritu, haciendo que la afectividad y la inteligencia se abran a la realidad del amor en la vida concreta, intentando ser reflejo de la bondad de Dios.

El célibe ha de sentirse hijo del Padre, vive en su presencia, intenta actuar según su voluntad, en una relación sustentada por una confianza filial, llena de ternura y afecto, una confianza que abarca a toda su persona, que significa entrega serena en el designio del amor de Dios.

La persona y la vida de Jesús sólo son comprensibles a la luz de la experiencia única y singular del amor absoluto del Padre que lo trasciende todo. Vinculación, pertenencia, disponibilidad ante el Padre son las consecuencias inmediatas de la pasión religiosa de Jesús que sustentan su opción por el celibato. Jesús se entrega a una misión en la que empeña todas sus energías y también su futuro y su vida. Pero lo decisivo es la relación afectiva, interpersonal con el Padre.

Centrar la vida en la relación personal con Dios no significa ceder al intimismo espiritual. Es comprender que en Jesús la pasión por Dios y la compasión por los demás

están esencialmente entrelazadas. Pero lo decisivo es la pasión por Dios. El celibato evangélico tiene ahí su fuente: “¡Oh, Dios, Tú eres mi Dios!” (Salmo 63).

### *2.3 La obediencia como reconocimiento de la prioridad de Dios en la vida cotidiana*

La obediencia evangélica es, como expresión de fe y de amor, el corazón de la vida teológica. *Ob-audire*: estar a la escucha de la voluntad de Dios. Por eso es impensable un proyecto de vida religiosa que no tenga como fundamento la fe, la experiencia de Dios.

El centro de la persona y de la vida de Jesús es Dios Padre, como ya hemos dicho en diversas ocasiones. Su actitud es de obediencia radical a Dios, y desde ahí se enfrenta a las diversas mediaciones históricas que van concretando el misterioso plan de Dios sobre su vida.

Y al mismo tiempo Jesús vive la obediencia en la inseguridad de la búsqueda, y sintiendo resistencia interior frente a su fracaso total y a su desenlace mortal. Creo sinceramente que la experiencia decisiva en la vida de Jesús es Getsemaní, y que, por tanto, en esa escena evangélica encontramos el fundamento determinante de la vida religiosa.

En Getsemaní tocamos palpablemente el fracaso existencial de Jesús ante el silencio doloroso de Dios. Es una secuencia narrativa de gran complejidad espiritual: en el desierto del fracaso definitivo y de la soledad angustiada y oprimiente, en la incertidumbre oscura y corrosiva, Jesús mantiene la obediencia y la fidelidad, y encuentra en el agujero negro de esa noche luz, consuelo y serenidad en la tortura psicológica de quien se siente ya condenado a muerte.

El misterio de la presencia de la ternura singular del Padre acontece en las tinieblas que caen sobre el corazón angustiado de Jesús. Es el momento de la verdad, del desvelamiento del Misterio, que no deja de ser misterio, ofreciendo al mismo tiempo luz y sentido en el naufragio definitivo de las ilusiones humanas de Jesús. En esta escena encuentro el fundamento de la vida religiosa, en una obediencia creyente a la que sólo le queda la seguridad de la fe. “Aun siendo hijo, aprendió sufriendo a obedecer” (Heb 5, 8).

La obediencia evangélica significa buscar incesantemente la voluntad del Padre en el discernimiento personal y comunitario, que ha de tener lugar en una atmósfera de oración sincera y constante, con un corazón disponible y libre, atento a la escucha, y sabiendo reconocer las mediaciones desde un convencimiento creyente. Esa es la tarea de todos, de los responsables que mandan y de los responsables que obedecen, en un contexto social que enaltece la libertad personal, la autonomía y la independencia individualista.



### 3. En tiempos de posmodernidad, sólo Dios fundamenta nuestra fidelidad y esperanza

#### 3.1 Frente a la insostenible levedad del ser, la fidelidad de Dios

El discurso sobre la fidelidad a nivel personal, religioso, social o político suena hoy bastante extraño. La posmodernidad nos ha marcado a fuego el sentido de lo provisional y transitorio, la sospecha ante las grandes palabras, la desconfianza ante las instituciones, la alergia a los compromisos para siempre, ha ensalzado el relativismo, la indeterminación, la fragmentación, las vinculaciones frágiles, ha vaciado de contenido la fidelidad, al aceptarla sólo como compromiso en un presente aislado del pasado y del futuro: “Hoy te querré para siempre. Mañana... no sé”.

Frente a este talante posmoderno, conviene dejar resonar en nosotros las palabras de Is 49, 14-16: “Decía Sión: «Me ha abandonado el Señor, mi dueño me ha olvidado» ¿Puede una madre olvidarse de su criatura, dejar de querer al hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvide, yo nunca te olvidaré. Mira, te llevo escrita en la palma de mi mano”.

Nosotros confiamos en el amor infinito de Dios, creemos en el poder de su Espíritu, pero cuando pensamos en el futuro, nuestra seguridad se tambalea y sentimos miedo. Estamos condicionados también por la atmósfera posmoderna: ¿Puede una persona comprometerse para toda la vida? ¿En un mundo de cambios tan rápidos y profundos puede un SÍ o un NO mantenerse para SIEMPRE? ¿Tendré siempre la misma ilusión, la misma claridad en el ideal, que sostiene mi compromiso? ¿Y no me cansaré? ¿Será mi destino arrastrar mi compromiso como una pesada carga, sin ilusión ni esperanza? ¿Cómo comprometerse por toda la vida en una sociedad que no cree en los compromisos para siempre?

Y tenemos miedo. Nos invade la inseguridad. La fidelidad nos parece imposible o sólo posible a un precio demasiado alto. Confiamos en que el Señor de la historia sea también el Señor de nuestro futuro. Pero no encontramos el remedio para nuestra inseguridad psicológica. Quizás haya que aceptar la pobreza de nuestra fidelidad y la inevitable inseguridad que nadie nos puede aliviar.

Nos ha tocado vivir en esta situación social y cultural compleja, rica, difícil, confusa, que ya para nosotros es también signo de la misteriosa providencia de Dios. La fidelidad es posible, porque el fundamento de nuestra fidelidad no son nuestras cualidades, no es nuestro esfuerzo voluntarista, sino la fidelidad del Dios siempre fiel. “Porque los montes se tambalarán y las colinas se moverán, pero mi amor de tu lado no se apartará y mi alianza de paz no se moverá –dice Yahvé que tiene compasión de ti” (Is 54, 10).

La fidelidad sólo es posible a partir de la fe, de una fe viva y confiada. Por tanto los límites de nuestra fe son también los límites de nuestra fidelidad. Y la pobreza de nuestra fe es la causa de la pobreza de nuestra fidelidad.

Para los adolescentes y jóvenes, instalados en la provisionalidad y en frágiles certidumbres, a los que resulta muy difícil compaginar compromiso y libertad, compromiso y futuro, el religioso o la religiosa, cargados con la experiencia de la vida, desde la fe desnuda, quizás con cansancio y no poca inseguridad, pueden convertirse en signos cercanos y realistas de fidelidad.

Frente a la insoportable o ansiada levedad del ser que sienten nuestros destinatarios jóvenes y también no pocos religiosos jóvenes, la historia de fe de un religioso adulto es una confesión viva de que existe la densidad en la existencia, de que hay valores por los cuales es posible comprometerse definitivamente. Puede mostrarles que la libertad no se realiza simplemente como espontaneidad, sino desde el compromiso de un amor concreto y realista, que limita esa libertad, pero que la hace creativa y fecunda.

Si esa fidelidad del religioso no se confunde con anquilosamiento o con fijación en el pasado, su perseverancia a lo largo de los años puede ser un auténtico gesto profético que haga descubrir a los jóvenes que en la fragilidad y fugacidad de la vida la fidelidad de Dios puede sostener nuestro compromiso definitivo, a pesar de nuestras debilidades.

### *3.2 Frente al nihilismo desesperanzado, la experiencia de la esperanza teologal*

La esperanza teologal no resulta fácil. Exige abandono radical en las manos de Dios, reconocimiento de nuestra impotencia para lograr la salvación para nosotros y para el mundo. Y esto provoca en el camino de la vida rupturas, búsquedas, renunciaciones, frustraciones, el deseo de una conversión permanente.

Sin el Espíritu no es posible la experiencia de la esperanza teologal, porque la certeza de la esperanza no es de carácter intelectual. No disponemos de ninguna seguridad tangible. Es fe, confianza última en el Misterio de Dios.

La esperanza no puede ser fruto de una aventura espiritual individualista. Es una experiencia personal en el seno de la Iglesia, en el seno de nuestra comunidad real y concreta. No es posible mantener la tensión de la espera sin la solidaridad, sin el apoyo cercano de nuestros hermanos. De la comunidad recibimos aliento y consuelo. Pero la comunidad no evita que en esa espera paciente del Reino de Dios sintamos la soledad, la experiencia de nuestra fragilidad, la precariedad de nuestros proyectos, el cansancio que parece ahogar la esperanza.

Cultivar la esperanza supone vivir con misericordia, acercarse con compasión a todo ser humano que se cruza en nuestro camino, luchar contra el poder de la muerte

en cualquiera de sus formas, resistir a toda clase de ídolos, huir del fatalismo. Vivir en la esperanza significa ser personas de comunión, ser testigos fieles del amor de Dios, trabajar por la humanización de este mundo.

Ante ciertos acontecimientos dolorosos, ante ciertas injusticias, ante ciertas noches del alma el sentido se consigue no a fuerza de romperse la cabeza, sino confiando, abandonándose en las manos de Dios. Y es así como uno empieza a integrarse, como uno siente que surge la esperanza.

La esperanza teologal, como experiencia asumida, necesita la reconciliación con la propia historia. El futuro, en último término, no es cuestión solamente de responsabilidad, de colaboración, de generosidad. Es también y definitivamente experiencia de Gracia, confianza en la fidelidad de Dios, fruto de la esperanza teologal, que florece en nuestra pobreza asumida y aceptada.

Por eso la esperanza engendra en nosotros una actitud activa y pasiva: nos compromete como si Dios no existiera y al mismo tiempo sabemos por la fe que el sentido último, que la salvación definitiva de la realidad es don, gracia nunca merecida, y la esperamos confiadamente. Y así podemos tener la certeza de que nada auténticamente bueno se perderá, de que nada hecho por amor se convertirá en polvo.

La vida es misteriosa: el fracaso no siempre significa pérdida y el éxito no supone siempre ganancia. La aceptación difícil del error, de la frustración, de la incertidumbre, de la opacidad de lo real que se nos impone, nos abre los ojos a la verdad de nuestro yo y genera procesos de maduración. A través de esas experiencias es posible reconocer necesidades y deseos, iluminar los entresijos de nuestros porqués, descubrir la vida como misterio de búsqueda, de renuncia y de entrega; reconciliarse. Para el creyente la lógica de lo humano, la argumentación fundante de proyectos y compromisos está sostenida también por la presencia misteriosa de un Amor infinito, que no evita sin embargo las experiencias de la fragilidad y de la precariedad, de la inseguridad y de la perplejidad, de la angustia.

Es el momento de la esperanza, de esa virtud humilde que depende de la fe en la que se fundamenta, y cuya plenitud es el amor. Sin embargo, la fe y el amor la necesitan como atmósfera vital. La esperanza da a la fe el aliento para permanecer en la opción por Dios. Y el amor aprende de la esperanza la fidelidad, la fortaleza, la paciencia. El cristiano es el hombre del camino, peregrino siempre entre su pasado de búsqueda y su futuro de libertad, entre la experiencia de su fragilidad y la promesa de la consistencia bienaventurada de Dios, entre la ambigüedad de su compromiso por los demás y la liberación última y definitiva en la ternura de Dios.

La esperanza teologal no tiene nada que ver con la despreocupación, con el desinterés, con la indiferencia. Al contrario: no se puede entender sin la solicitud, sin la compasión, sin el gozo de una creación que Dios ha encomendado al hombre.

¿Merece la pena poner la esperanza en Dios, ese misterio que se me escapa de las manos y me abandona en la soledad? ¿Puedo jugarle la vida con Algo o Alguien que contradice mi deseo de evidencia y de control? Sólo nos queda la confianza, la apuesta, la difícil apuesta por un Misterio que sólo percibo cuando cierro los ojos y abro el corazón. Por eso la esperanza es también desasimiento, desnudamiento, dejando a Dios ser Dios, dejando en sus manos la iniciativa en nuestra historia personal y en la del mundo.

Por eso son los pobres los que realmente entienden la esperanza, los que en el límite de su existencia ponen sin más su confianza en el Padre, que cuida solícitamente de los lirios del campo y de los pájaros del cielo. El pobre de espíritu tiene el secreto del vivir cotidiano: no agobiarse por el mañana, permitir que Dios guíe la barca de su vida, dejar a Dios, por fin, ser Dios.

#### **4. Conclusión**

La vida, nuestra vida es un continuo intercambio de palabras, gestos, silencios, vivencias, experiencias en el que los diversos interlocutores se sienten, afectados, transformados. El yo de cada uno a lo largo del proceso permanece, pero su identidad se va estructurando, consolidando en la aceptación mutua, en la discrepancia, en la convergencia, en la dramática de la existencia.

Por eso al proceso de maduración personal pertenecen también la precariedad, la búsqueda, la incertidumbre. Y ese proceso de maduración exige hoy, en tiempos de posmodernidad, sensibilidad para percibir la situación y poder elaborar poco a poco un pensamiento complejo y bien articulado, es decir, un pensamiento que evite los simplismos, la ingenuidad axiológica, las evidencias engañosas y que al mismo tiempo esté estructurado con firmes fundamentos y convicciones humanas y religiosas, un pensamiento que pueda iluminar la realidad en su oscura opacidad.

La tarea vale la pena, pero como individuos, como religiosos quizás nos sentimos desbordados. El problema no está sólo en la complejidad y confusión que parece reinar fuera. Lo que realmente nos desconcierta es posiblemente nuestra confusión y perplejidad existencial. No todo el mundo lo vive así en el ámbito de la vida religiosa: hay gente que no se entera; hay personas que van a lo suyo al margen de lo que ocurre; hay otros que creen todavía poder controlar casi todo. Sin embargo, si prestamos un poco de atención a los mensajes que nos llegan de la literatura contemporánea, del cine, o de los más diversos análisis sociológicos, lo que se palpa en el ambiente es ciertamente confusión, perplejidad, desbordamiento, inseguridad...

¿Y nosotros? Cuando hemos llegado a cierta edad, desde nuestra opción carismática, embarcados en nobles causas (atención a los enfermos, educación de niños y adolescentes, promoción de la justicia, compromiso con la evangelización...), sostenidos quizás durante años por cierto afán voluntarista y perfeccionista, nos vemos ante retos que nos

superan, mientras sentimos con turbación que nuestra experiencia del tiempo está cambiando drásticamente. Nuestro futuro personal es más límite que posibilidad, y la muerte, ya no tan lejana ni extraña, nos enfrenta definitivamente a la finitud de nuestro ser, que cada día se asemeja más a un viejo velero, haciendo agua en noche de tormenta.

Y nos puede embargar una sensación permanente y difusa de insatisfacción, de inseguridad, incluso de miedo. ¿Han merecido la pena tanto sacrificio, tanto desgaste, tanta entrega? Y se mezclan en la vida de cada día gratificaciones y heridas, ideas brillantes y torpeza incomprensible, sueños rotos y compromisos renovados, mientras nos asedian la soledad y la aridez espiritual. Y ciertas necesidades clavan en nosotros sus agujones amargos.

¿Y Dios? Pregunta decisiva. ¿Cuál es, dónde está después de tanto tiempo el fundamento real de mi vida, de mi proyecto personal? Entre nostalgias y resistencias, manteniendo, al menos formalmente, la responsabilidad y la actitud de entrega en la misión, que no nos evitan cierto vacío interior incómodo y tenso, nos podemos preguntar por Dios. ¿Qué fue de Él en mi vida? O también, ¿qué ha pasado con su presencia en mi vivir cotidiano? ¿Sólo queda ante mí ese Misterio oscuro e inasible? ¿Por dónde empezar de nuevo? ¿Y vale la pena empezar de nuevo?

Y podemos sentir la tentación de la huida. No hablo simplemente de abandonar la vida religiosa, aunque sería también posible. Es algo más sutil: “Mantengamos la máquina funcionando, mientras me repliego a mis cuarteles de invierno. O me refugio en el trabajo y en la responsabilidad que todavía son capaces de regar la flor ya mustia de mi narcisismo. O me busco algún nido afectivo que me haga soportable la existencia. O reacciono enérgicamente para mantener el timón y sentirme seguro, mientras el escepticismo o el cinismo me dejan sin alma y, lo que es peor, sin corazón”.

¿Qué hacer? Recuperar el centro, pero por los caminos de la autenticidad, de la humildad, de cierta paz que hunde sus raíces más allá de nuestro entramado psicológico. Esquemáticamente lo expresaría así: desde la visión más realista posible de lo que nos rodea (a nivel social y eclesial), hacer el esfuerzo de mirarnos sin engaños al espejo, reconociendo nuestra pobreza radical, para abrirnos desde ahí definitivamente a Dios.

Nuestro problema es teologal. Es el momento de la fe. A estas alturas de la vida sólo nos queda una alternativa: fiarnos de Dios, ponernos en sus manos como el niño que tiene miedo en la noche, descubrir a Jesús, al Jesús de Getsemaní, como Señor de nuestras vidas, dejarnos guiar sin resistencias inútiles por la luz del Espíritu, seguir viviendo con una oración sencilla, afectiva, profunda, nuestro compromiso en la misión, con fidelidad y esperanza.

Y esta alternativa creyente ha de partir de una serena aceptación psicológica de nuestras limitaciones, liberados de la compulsión de la imagen hacia fuera, de una paciente reconciliación con nuestra biografía, con sus más y sus menos, abandonando ya perfeccionismos y voluntarismos, de una sencillez que sabe de nuestra pobreza sin remedio, para abrirse paso hacia el abandono y la confianza definitiva en Dios.